

sectores se habían venido dando a través de las reformas de José Batlle y Ordóñez (1903-07, 1911-15) en Uruguay; de la Revolución Mexicana de 1910 y los regímenes sucesivos; del radicalismo de Hipólito Yrigoyen (1916-22) y del posterior justicialismo de Juan Domingo Perón en Argentina (1946-55); así como a través de la emergencia de partidos populistas como la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) en Perú, y Acción Democrática (AD) en Venezuela³⁴.

Una que podemos llamar nueva crónica urbana se encargó de repasar, con una moderna mirada que la diferenciaba de las testimoniales crónicas decimonónicas, el acervo de la ciudad colonial y republicana, que estaba a punto de perderse o reducirse en la mutación metropolitana; ésta no sólo venía dada por el crecimiento demográfico, sino también por ambiciosos proyectos urbanísticos que iban del academicismo al modernismo funcionalista inspirado en los Congresos de Arquitectura Moderna (CIAM)³⁵. En este sentido, el ya mencionado clásico de Martínez Estrada, *La cabeza de Goliath*, anticipa esta revisión del pasado criollo por contraste con la voráGINE metropolitana; este contraste todavía resonaría en fulminantes diagnósticos como *Lima, la horrible* (1964), de Sebastián Salazar Bondy. Por haber sido quizás una de las ciudades latinoamericanas que experimentó una de las transformaciones más súbitas, la crónica evocadora tuvo en la capital venezolana representantes conspicuos, tales como *La ciudad de los techos rojos* (1947-1949) y *Figuras y estampas de la antigua Caracas* (1962-1963), de Enrique Bernardo Núñez, así como *Libro de Caracas* (1967), de Meneses. Aunque La Habana protagonizara otra dirección del cambio urbano, creo que *La ciudad de las columnas* (1970), de Carpentier, se inscribe también en esta genealogía de la crónica.

La narrativa registraría todas las especies de la masificación. Enfrentados a los dramas existenciales de metrópolis alienantes y complejas, diferentes miembros de la masa dejaron ver su conflictiva naturaleza urbana en las que han sido catalogadas como «novelas existenciales», centradas en la vida del hombre en esa ciudad latinoamericana de mediados del siglo XX, la cual permanece más bien como telón de fondo. Entre ellas se cuentan *El pozo* (1939), *La vida breve* (1950) y *Los adioses* (1954) del uruguayo Juan

³⁴ Entre las varias historias generales de América Latina, ver por ejemplo Gustavo y Hélène Beyhaut, América Latina. III De la Independencia a la segunda guerra mundial (1965), en Historia Universal Siglo Veintiuno. México: Siglo Veintiuno, 1985, t. 23, pp. 228-275. Ver también la interesante genealogía de reformas que, por su influencia en la vida cultural, establece Ángel Rama en La ciudad letrada, pp. 137-139.

³⁵ Ver en este sentido la catalogación en A. Almandoz, «Urbanization and Urbanism in Latin America...», pp. 31-39.

Carlos Onetti; *El túnel* (1948) y *Sobre héroes y tumbas* (1962), del argentino Ernesto Sábato; *El acoso* (1957), de Carpentier; *El falso cuaderno de Narciso Espejo* (1952) y *Los pequeños seres* (1959), de los venezolanos Guillermo Meneses y Salvador Garmendia, respectivamente³⁶. La rutinaria y despersonalizada vida urbana de esas novelas parece confinar a sus ensimismados personajes a lo largo de un túnel «oscuro y solitario», que el sujeto de Sábato reconoce al final del itinerario de desencuentros a través de Buenos Aires: «el mío, el túnel en que había transcurrido mi infancia, mi juventud, toda mi vida»³⁷.

En vez de centrarse en las angustias existenciales de personajes particulares, la otra tendencia de la novela urbana concede más importancia a la emergente metrópoli en tanto estructura social, económica y espacialmente heterogénea. Heredera de clásicos urbanos como *Manhattan Transfer* (1925) de John Dos Passos, el entrecruzamiento de múltiples personajes, episodios y ambientes que coexisten en la urbe puede verse en el magistral fresco que el mexicano Carlos Fuentes pintara de *La región más transparente* (1957); así como en La Habana de nocturnidad, modernidad y revolución que Guillermo Cabrera Infante ofreciera en *Tres tristes tigres* (1967). De manera más caleidoscópica, la complejidad metropolitana se refleja en la pensión bonaerense que Marco Denevi reprodujo, empleando la técnica de la novela detectivesca, en *Rosaura a las diez* (1955); también en el pequeño mundo burocrático del Montevideo de *La tregua* (1960), de Mario Benedetti; o en la vieja casona llena de recuerdos de *Coronación* (1957), en la que José Donoso hizo confluír los pocos pero representativos personajes de un Santiago y un Valparaíso que cambiaban de piel y de referentes culturales.

«Has venido a dar conmigo, sin saberlo, a esta meseta de joyas fúnebres. Aquí vivimos, en las calles se cruzan nuestros olores, de sudor y páchuli, de ladrillo nuevo y gas subterráneo, nuestras carnes ociosas y tensas, jamás nuestras miradas. Jamás nos hemos hincado juntos, tú y yo, a recibir la misma hostia; desgarrados juntos, creados juntos, sólo morimos para nosotros, aislados, Aquí caímos, qué le vamos a hacer. Aguantarnos, mano»³⁸.

³⁶ *Me apoyo en la catalogación y ejemplos de María Elena D'Alessandro, La novela urbana en Latinoamérica durante los años 1945 a 1959. Caracas: Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1992, pp. 63-64.*

³⁷ *Ernesto Sábato, El túnel (1948). Buenos Aires: Planeta Bolsillo, 1999, p. 150.*

³⁸ *Carlos Fuentes, La región más transparente (1957). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 21.*

Este fragmento del soliloquio con el que Ixca Cienfuegos, uno de los «guardianes» con los que Fuentes parece querer resguardar la unidad dentro de la inconmensurable diversidad de la urbe mexicana, acaso pueda predicarse de varias de las capitales latinoamericanas de mediados del siglo XX. La contrastante heterogeneidad, avivada por los inmigrantes campesinos y foráneos, que borrarón definitivamente los restos comunitarios de la villa colonial o de la ciudad burguesa; mezclados a través de esa «sinuosa modernidad latinoamericana» que, como ha señalado García Canclini, evidencia los «desajustes entre modernismo cultural y modernización social»³⁹; están entre los factores que llevaron a una nueva fase de complejidad metropolitana de las ciudades de la segunda mitad del siglo XX. El imaginario de éstas sería elaborado por algunos de los autores ya mencionados, así como por nuevas voces del *boom* y de las décadas siguientes.

³⁹ Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1989). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1995, pp. 72, 80.



Buenos Aires. Riachuelo y Dock Sur. Foto de Gustavo Thorlichen.